

## LIBROS

# "LAS VUELTAS DEL TIEMPO" EN EL TIEMPO DE YAÑEZ

por Angeles Mendieta Alatorre

noticia

De pronto retorna Agustín Yáñez a las letras, empero no hay lugar a sorpresas, él había jurado su perseverancia final en el oficio, pese a sus afanes ministeriales, educativos y políticos.

*Las vueltas del tiempo*, (Ed. Joaquín Mortiz, México, 1973) su última novela, es parte de un plan literario; pero a mí se me antoja enclavarla en una ordenación de frutos logrados en concordancia con el tiempo del autor: *Flor de juegos antiguos* o la niñez iluminada; gran vuelo y culminación en *Al filo del agua* y *La creación*; prosigue con la meditación reflexiva en *Las vueltas del tiempo* y el "bastimento de nostalgias" anunciado en *La ladera dorada*.

Caso extraño en un país ajeno al elogio, la vuelta del autor —el nombre del libro es promisorio— provoca un reconocimiento inmediato. El año de 1973 es el año de Agustín Yáñez. Empieza el 26 de enero al tomar la dirección de la Academia Mexicana de la Lengua correspondiente a la Española, sigue su presencia frente al gran público en una serie que hace historia, llamada *Encuentro*; se añade el aplauso que recibe en España a partir de abril, en el cual dicta conferencias junto con los escritores más importantes de América —Borges entre otros— en las Universidades de Madrid y Salamanca, en el Ateneo Barcelonés y los centros culturales de Santiago de Compostela, Toledo y Sevilla; se agotan miles de ejemplares de *Las tierras flacas* de la Biblioteca Básica Salvat y en noviembre recibe el Premio Nacional de Letras, mismo día que anuncia su novela *Las vueltas del tiempo*.

Sus conferencias en el Seminario Mexicano de Cultura y en El Colegio Nacional atraen a sus antiguos discípulos; levantan polémica sus afirmaciones sobre "Antonio López de Santa-Anna, espectro de una sociedad", colabora en importante diario y prepara algo más que guarda en su cartera personal.

la novela como sinfonía

Desatados los rígidos apartamentos de la creación literaria, hete aquí que Yáñez concibe a la novela como una sinfonía. En el *tempo* musical, los personajes de la memoria histórica retornan una y otra vez, morosa, gozosa, gloriosamente.

La apertura se inicia con la marcha *in forte* de los funerales del general Plutarco Elías Calles: hombre amado y odiado, vituperado y ensalzado, olvidado y presente, funerales que son el telón de fondo, el *leit motiv* frente al cual transcurre la comedia humana en un movimiento circular de rueda que a todas luces engaña, porque todos se han ido, pero permanecen.

Danzan los personajes, hablan los antiguos dioses, charlan las mujeres en el contrapunto y cada uno es dueño de su silencio expresivo, su crescendo y fuga en un réquiem que fuera solemne si no se hubiera trocado en festival.

Viven, mueren y trascienden para retornar, tanto aquellos cuya imagen indeleble se ha grabado en la conciencia popular, con sus pasiones y claroscuros, como los fantasmas que pueblan nuestros campos y ciudades. Bajo el conjuro, vuelven misioneros, reformadores, políticos y hermosas damas, hay también lugar para los propios personajes de la ficción literaria de Agustín Yáñez, que han sido invitados al mágico funeral.

¿Cómo pudo anudar Yáñez todas las épocas mexicanas sin que la novela se dispersa, en un calco repetido y recurrente a edades pretéritas y sin embargo iguales y reencarnadas?

Sólo él lo sabe, mas conviene analizar la cultura que él ha hecho suya por derecho, la forma como la expresa y el momento que magnifica en su obra.

En principio, al observar las características de la literatura mexicana, hallamos la convivencia pacífica del romanticismo y el clasicismo. No se da entre nosotros la disensión rabiosa que estas dos corrientes tuvieron en Europa. Ajenos acá a los motivos de allá ambas corrientes literarias marchan fraternalmente. Este trabajo de amalgama, tarea de armonía musical sin notas discordantes, es carácter peculiar de la cultura mestiza. Como caso peculiar podría citarse un ejemplo plástico por más visible: el cuerpo de la catedral metropolitana, neoclásico puro y sereno, está junto al churrigueresco espléndido de El Sagrario. Naturalmente son resultado de distintas épocas, pero a nuestros ojos la convivencia funciona bien aunque escandaliza a extraños.

Así acaece en nuestra cultura, perfila nuestra fisonomía y se encuentra en cierto modo patente en la obra de Yáñez, donde la solidez de su formación, de su "razonamiento disciplinado" se une a las combinaciones venturosas del barroco.

toda una época en el tiempo de un funeral

En la preceptiva clásica, los franceses rigoristas del siglo XVII quisieron encontrar en Aristóteles, las unidades obligadas del teatro; pues bien, estas unidades de acción, de lugar y de tiempo, se encuentran interpoladas en el esquema íntimo de la novela *Las vueltas del tiempo*.

La *unidad de acción* exige un tema único; así sucede en la trama, crónica asaz irónica, de los funerales de un general de la revolución. Cuéntase que los moribundos ven pasar por ráfagas los momentos cruciales de su existencia. Aquí el general podría haber pasado revista en examen postrero a los que estuvieron con él y contra él, aquellos que lo siguieron o lo repudiaron; a sus colaboradores y opositores. Pero los más representativos forman la historia misma, están y trascienden, son y han sido.

El tema, como en las sinfonías, es incisivo, incidente, reiterativo, porque del funeral se desprenden dinámicamente, otras existencias; gentes que acuden ahí por múltiples motivos, tipos de prototipos en la recreación histórica, porque el autor ofrece "la sensación del pasado en el presente, desde los ídolos hasta Cantinflas, cifrada en unos cuantos personajes representativos, invariables a través del tiempo", pues tal es la tesis de Yáñez, sobre la rueda humana de fortuna varia.

Cabe advertir que no son historias cruzadas, ni hilvanadas con asideros, sino que los personajes se encuentran ahí, estrechamente unidos a pesar de sus particulares fisonomías, mostrando a un pueblo que gusta de jugar con la muerte, exaltar a sus héroes y vituperarlos a veces, en una enervante y al mismo tiempo jubilosa trama de reiteraciones.

La *unidad de lugar* exige que la acción tenga lugar en un solo sitio y en la novela se da cumplidamente.

El lugar de *Las vueltas del tiempo* es un pequeño camino dentro de la ciudad de México, que va desde la residencia del general Calles en Chapultepec (aquí vive el presidente, pero el que manda vive enfrente, en el decir popular), hasta el Cementerio de Dolores o panteón civil. La unidad de lugar no se fragmenta durante el desarrollo de la novela, pues la gente forma una caracola negra cuya cabeza está en triple valla frente al sepulcro abierto, mientras la cola colea con la comitiva rezagada.

Al paso del cortejo, "¡ya vienen los claros clarines...!", aquí con paso de responso pero no silencioso, no acallado, lleno de voces, al paso del cortejo, digo, se cierran las cortinas, se echan los maderos, porque las familias ofendidas y los enemigos políticos manifiestan su resentimiento, su rencorosa actitud, que no es muy abierta, sino de medio tono, decente, cortés —porque al fin y al cabo hay que respetar al muerto— pero se quiere mostrar hostilidad, indiferencia, la cual tampoco se realiza, porque el hombre lo llena todo, se instala en el aire, llena la atmósfera de la ciudad.

Algunos no quieren estar presentes, se encierran en sus salas espléndidas, para hablar de cosas que no sean los funerales del

general, pero caen en su propia trampa y hablan de aquellos otros que no les dejan hacer a otro general, porque los vencedores también rumian resabios: ¡Que se pudran el general Porfirio Díaz en París, no reclamaremos sus huesos!

Sí, las gentes encerradas en sus palacios piensan en el entierro que le harían a Díaz, tan fastuoso y famoso como las fiestas del Centenario. Mientras tanto, el pueblo parece que rezonga: sobre el muerto las coronas de la revolución triunfante.

El muerto ilustre —“hasta cuándo estas gentes entenderán, se convencerán, se atreverán a confesar que don Plutarco es el gran estadista de la Revolución, comparable a Juárez en el pasado y a Cárdenas en el presente. Son los tres grandes ejecutivos reformistas”— el de “la mano ruda y a la vez campesina y señorial” penetra por las hendiduras de las casas, remueve la conciencia de los hombres, despierta una época aciaga de heridas frescas, saca a flote rencores, alabanzas, cuentos, enredos políticos, chismes... Entender al cojo (Santa-Anna) para conocer al manco (Obregón) los pleitos de los generales, de la familia prepotente, lo del cañonazo de los 50 000 pesos, Miramón, el joven Macabeo, Maximiliano que despreció a los que lo trajeron, las monjas célebres, la Alférez que desapareció y Sor Juana que pervive a ultranza, el origen de las fortunas, “los ricos cardenistas” y los “cardenistas enriquecidos” y algo que ayer y hoy, siempre, como *destino manifiesto* nos escuece “*The White House y The Department of State. Good*” “*Business in México. . . good*”, “*History of dictators de Latin America, good*”.

Con él y contra él, con Calles el reformador, contra el infame perseguidor, el gran estadista, el “varón fuerte, hombre de una sola pieza” eso sí, hecho de piedra, como Juárez, como los dioses, impenetrable. Frente a las figuras carismáticas, los mexicanos se desangran, se dividen, lo cual es solamente pugna familiar porque en tres lugares se unifican. . . cierto, “México tiene tres cerros: Chapultepec, Tepeyac y las Campanas”.

La muerte del general Calles es, desde el principio de la novela, un hecho consumado, sin embargo él está presente, vivo, desollado, levantando la polémica, exigiendo el homenaje, porque él es el hombre poderoso, mandamás, mandón, chin. . .

Avanza el cortejo, comparsa de payasos, dolientes y dolidos, Marías piadosas, generales, gobernadores, diputados, la feria de la vida, por los que van a ver y los que van porque los vean y los empleados a pasar lista de presente. Mujeres “chulas de bonitos vestidos” que hacían brincar “la sangre del inválido de la Revolución, Guadalupe Colorado, el pantera de Cuencame”.

Curiosamente ahí tiene lugar la unión de las facciones mexicanas aparentemente irreconciliables, porque en el funeral está presente la sombra del anticalles, general cristero que se le enfrentó y retoma la conseja del milagro, secreto a voces, pues dicen las lenguas que el sacerdote tascó el freno y rezó por Calles, reconociendo su valía y el otro, acabó con trito. En el cuarto de las damas, en el pensamiento de todos, se

repite la historia del personaje turbador: el general cristero Miguel Osollo.

Finalmente se cumple también, por partida doble, la unidad de tiempo. Tiempo musical que ya hemos visto, como sinfonía trágica, donde el “tema” repetido, recreado, adornado, convergente, vuelve una y otra vez. Toda la acción tiene lugar en una sola tarde, la del 20 de octubre, tarde soleada cuya luz se prende golosa en el bosque de Chapultepec; unas horas apenas en la cual el pueblo va con su muerto a cuestras, que es todas-las-tardes, la de ayer, la de hoy y la de siempre y. . . ¡cómo pesan algunos muertos, Señor!

#### *personajes invariables a través de la memoria histórica*

Como el difunto parece estar vivo, las letanías se vuelven diálogos de controversias y las pompas fúnebres se trastocan en festival: es la fiesta mexicana de los muertos. Encendidas las pasiones toman cuerpo las anécdotas personales. Por ejemplo, Heliodoro Camacho tenía en ese funeral la posibilidad de realizar su venganza aplazada. ¡Quién le hubiera dicho que iba a ser el muertero del “muerto” que llenó toda su vida! Ahora tenía la posibilidad de cargar el cadáver y violarlo, maltratarlo, tirarlo, cualquier cosa que pusiera fin a sus odios contenidos, sus maldiciones atoradas, pegadas al cuerpo como segunda naturaleza. En sus manos estaba el hombre al “que oyó maldecir desde niño”. Mas la paradoja humana acaece siempre y a la hora de la hora, al llegar la hora, es deshora. No se puede. Así pasa siempre con los pobres. . . cuando hay para carne, es vigilia. En país de paradojas una más no cuenta, así, a pesar del odio y la violencia que rodearon la vida del general, de que el hombre vio caer asesinados uno a uno de los caudillos, él se salva, con lo cual se fortalece la conseja del milagro.

Otro personaje más, Damián Limón el terrible tirador pues “ni su padre escapó de su puntería” suma rumores en otra historia que se enreda y entrechoca; pero a todos, Elías Calles les ha llenado las bocas de alabanzas y vituperios.

En el cuenco del tiempo, se remansan y luego parte como los ríos *que van a dar a la mar que es el morir*, las *vidas paralelas* de los héroes mexicanos, de los doctrinarios y mártires, también de rufianes y enriquecidos y, sobre todo, la vida de los infelices con su vida de sufrimientos que rumian rencores y venganzas que jamás realizan y solamente les evenenan la sangre.

Recobran vida relampagueante, dentro de los diálogos frescos y agudísimos, Pedro de Alvarado y Félix Calleja, Vicente Guerrero y Santos Degollado, el padre amado Tata Vasco y la .oz airada del padre de Las Casas. Y también ahí, pesarosa, venturosamente, reconocemos a los demás y nos reconocemos a nosotros mismos.

*Las vueltas del tiempo*, en el tiempo de Yáñez

En la subconciencia creadora del mexicano está su inclinación ornamental, su “horror al vacío, su afán de pulir, moldear con finura, tallar con preciosismo”. Yáñez tra-

bajó así algunos de sus personajes: Celia, María, Osollo y, sin embargo, el trasfondo es grandioso: la comedia humana adquiere poderosos trazos, levantados vuelos, el retorno de las épocas pretéritas se labran con cincel de orfebrería.

Esta técnica se encuentra también en la novela *Al filo del agua*, donde la revolución está presente y ausente. El hecho torrencial se avizora, en el aire huele el aguacero y la tormenta no dejará nada, sino las raíces “pródigas”. Tanto dentro de aquel cuadro como en éste, se encuentra al hombre con sus sufrimientos y mezquindades, con sus cosas que a nadie importan. Aquí en *Las vueltas del tiempo*, frente a la grandeza trágica de la historia que vuelve. . . ¿qué importa la prostitución de la hija de Camacho? Y sin embargo, eso es lo que cuenta, lo que nos llega, conmueve y estruja: el sufrimiento humano.

“¿Qué bueno ya no saber nada de nada!” dice Camacho, como si fuera insoportable, de alguna manera, la vuelta del pasado.

Escapa y punza nuestra historia, por eso a veces la ignoramos, porque no podemos con ella. Ahí está México en su dimensión exacta el que execramos porque amamos tanto.

En el tiempo de Yáñez, ésta es su última novela, pero fue escrita en otro tiempo. Dícese ahí mismo al final: “San Miguel Chapultepec, 19 de marzo de 1948 — 19 de agosto de 1951. Los primeros apuntes tienen esa fecha: 7 de julio de 1945”.

## **O: LA TORRE DE BABEL DE GUILLERMO CABRERA INFAME**

por Armando Pereira

Liviano, simpático, ingenioso, y sin mayores pretensiones —como en general toda su obra—, aparece ahora *O*, (Barcelona, 1975, 196 pp.) el último libro de Guillermo Cabrera Infante. Su contenido no se puede encasillar en la fácil etiqueta “Ensayo”, que le acomoda la editorial (Seix Barral) en la pasta; cabalga a galope tendido más allá de todos los géneros, es aquello que constituye el *underground londinense*, la cultura *pop*: desde los Beatles a Corín Tellado, pasando por un concurso de belleza (*Miss World*) con *Women Liberation* y todo. Como el propio autor señala, no se pretende criticar una industria sino investigar sus mecanismos, analizar cada una de sus técnicas, develar los misterios que intervienen en su producción. Si bien esta parte del libro (la que más se acerca al ensayo) es tal vez la más importante, hay también otros textos que muy bien se podrían leer como relatos; me refiero concretamente a “Offenbach”, donde se nos cuenta precisamente la historia de Offenbach: un gatito narcisista y misógono (perdón misógato); “Obsceno”, en el que el autor nos narra su encarcelamiento en la Cuba de Batista por publicar en *Bohemia* un cuento con “English profanities” y por último “Orígenes”, su propia